

El honor del MEC

Juan Carlos Jiménez

Parece ser que el principal escollo para que el MEC negocie con los sindicatos de enseñanza reside en su **honor**. Un honor que quedaría enormemente debilitado, hecho un pingajo vamos, si entablase negociaciones después de haber ido por el Parlamento y por la vida hecho un gallito provocador.

De mis tiempos de bachiller guardo la sospecha de que el honor suele estar íntimamente ligado a la entropierna. Del honor calderoniano («Al Rey la hacienda y la vida se han de dar pero el honor, el honor es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios») al honor del ministerio produce una continua desvalorización que no deja de llamar la atención, quizá porque pertenecemos a una tradición que ha preferido siempre hablar en términos menos grandilocuentes de dignidad.

Durante mucho tiempo el honor del padre ha estado en la entropierna de la hija y el honor del marido en la entropierna de la esposa. En algunas facciones militaristas o paramilitaristas el honor reside en el tamaño de los colgajos de la entropierna. ¿Tendrá el MEC entropierna y no lo habremos advertido? Evitando el chiste fácil y grosero, la reflexión nos lleva a una conclusión que desconcierta: la entropierna del MEC es de papel impreso, el honor ministerial está en manos de los medios de comunicación y los sondeos de opinión. Como también se suele decir no hay mayor deshonor que andar en boca del vecindario. Y no es extraño que al MEC le preocupe sobremanera lo que ande en boca de los medios de comunicación de masas. ¡Es su honor!